

LA VIDA INVISIBLE

Lector&s
Colección dirigida por Graciela Batticuore

SYLVIA IPARRAGUIRRE

LA VIDA INVISIBLE



Buenos Aires

1. INFANCIA Y DESCUBRIMIENTOS

Muy pronto en mi vida (la frase es de Marguerite Duras) supe, no con la razón sino como se saben las cosas de la naturaleza, que yo vivía dos vidas: una visible y otra invisible. En la vida visible estaban mis padres, mi hermana, mi casa, la escuela. La vida invisible empezaba y terminaba con la lectura. En ella convivían ballenas blancas, castillos de Escocia, momias y pirámides, los caballeros del rey Arturo, un hombre naufragado en una isla desierta.

No es, sin embargo, el nombre para un mundo imaginario infantil. El universo paralelo de la vida invisible continuó en el tiempo y llega hasta hoy como un espacio donde toman forma y se relacionan personajes, paisajes e ideas. Un lugar mítico, idealista, especulativo, que fue forjando una versión cambiante de mí misma y que se extendió y complejizó a medida que fui creciendo como lectora.

En los años de infancia, las dos partes tenían la misma intensidad; por momentos, la vida invisible era más poderosa que la otra y me atraía a su centro con una fuerza de la que me era difícil escapar. “Te estamos hablando”, repetían. Leía con los ojos y con el cuerpo, no respondía: estaba “en Babia”.

La lectura fue para mí, desde que tengo memoria, una experiencia vital, tan decisiva como el conjunto de aprendizajes que forman nuestra identidad fundamental. Experiencia no condicionada por nada, ligada solo a las valoraciones primarias de las que nos erigimos como únicos jueces. Su placer mayor radicó en el poder de suspensión de la realidad circundante, en ponerme a vivir en otra dimensión. Era dueña de ir y venir por esos mundos.

El gusto por la lectura nació, así, asociado a la libertad. Los autores que fui descubriendo en el camino fueron mis mentores, mis faros, aquellos cuyas palabras establecieron una mediación, un orden, una escala que me llevó a una comprensión más amplia y profunda de la realidad y de los otros. Mi agradecimiento incondicional a esos autores y escritoras, “padres y maestros mágicos”, que conversan conmigo desde la edad de la razón y me (nos) rescatan, como escribe Olaf Stapledon, “del trágico desorden de la colmena humana”.

Entrega y credulidad. Vivía lo que los libros me contaban, imaginaba escenas en las que participaba como heroína en un momento crucial: salvaba a los que estaban a punto de caer a un precipicio, rescataba prisioneros de una fortaleza, o descifraba, para admiración de los científicos, la ubicación de una tumba faraónica. A veces, de noche, era testigo de muertes espantosas: cristianos comidos por los leones, yo misma perseguida en el desierto por una tarántula gigante. O simplemente moría tuberculosa, como el personaje de una chica de mi edad de un libro ahora olvidado. Me emocionaba hasta las lágrimas comprobar el dolor de mis padres ante mi muerte prematura. La vida invisible era mil vidas y mientras mi exterior cumplía los ritos del colegio y las demandas de

lo diurno, permanecían, siempre a la espera, las posibilidades renovadas de un libro por abrir, de una vida secreta por vivir. Las ensoñaciones de la pubertad son las más fuertes de la vida; están ahí, en potencia, nuestra capacidad de imaginar, de erotizarnos, de aterrarnos, de crear historias.

Esta es, entonces, mi historia personal con los libros que, por alguna razón, me marcaron: los que más recuerdo, los que más he releído. Una autobiografía que sigue, como imaginó Borges, la “serie” de los libros. Soy consciente de las trampas del lenguaje, de las elecciones narrativas que se hacen a medida que se escribe un texto: uno se reconstruye hacia atrás, selecciona, recorta y, de algún modo, se reinventa. Pero las causas mismas de la perduración de ciertos libros no es posible inventarlas ni elegir las: sencillamente han quedado como huellas indelebles, dispuestas a abrir su sentido a la luz cuando se sienten convocadas. Y es, tal vez, ahí donde puede aparecer alguna verdad en estas páginas: como testimonio de una manifestación cuyo significado no ha sido evidente para los otros. El momento en que un libro que nos conmueve, sea por razones emotivas o intelectuales, queda en una zona la mayoría de las veces secreta. A no ser que se tenga la fortuna, como la tuve yo (y tengo, porque esa conversación no terminará nunca), de compartir la vida con alguien para quien los libros fueron el eje capital de su existencia, Abelardo Castillo. Entre nosotros, los libros constituyeron un tema cotidiano, un punto de encuentro, de asombro, de discusión, de humor, de felicidad. Pero antes, en el comienzo de la adolescencia, la lectura perteneció a mi mundo privado. No tuve interlocutores. No cultivé el hábito de hablar de lo que leía o no busqué con quien compartirlo.

Aprendí a leer en mi casa, antes de ir a la escuela. Quedan imágenes anteriores en las que “hago” que leo siguiendo con el dedo las figuras. Siempre hay alguien conmigo. Lo más remoto que conservo como lectora solitaria es una imagen en la que me veo leyendo, curiosamente, desde arriba. Debo tener unos ocho años, sentada en el umbral de mi casa, el vestido estirado sobre las rodillas, los zapatos con presilla y botón: leo una de las llamadas “revistas mexicanas”, *La Pequeña Lulú*. Me encantaban tanto los globos de diálogos y las palabras como el dibujo de Lulú cuando lloraba: la boca abierta, enorme, ocupaba toda la cara, a los costados los bucles, y las lágrimas saltando en el aire.

A esta escena se asocia de inmediato su gemela: en el cine, viendo una película, absorta en la oscuridad. El cine fue determinante en mi vida. Su importancia demandaría un capítulo entero, quizás otro libro. Me permito la digresión de un párrafo, justificado por el hecho de que, a futuro, descubriría que libros y cine fundamentaron mi posibilidad de escribir. Fueron encantadores universos paralelos, sin comunicación con el exterior. En el principio del principio se abre una tarde, en un pueblo de provincia. Mi hermana y yo esperando ansiosas que se descorran los cortinados, que nos parecen suntuosos, como de cuento, pero que en realidad son los viejos cortinados bastante raídos del cine español o del teatro italiano, entidades infaltables en toda ciudad chica. Corrido el telón, quedaba entonces la enorme, blanca, pantalla desnuda. Esa inminencia estaba saturada de felicidad: la promesa de las dos horas por venir. Eran cines tumultuosos, pueblerinos; pero bastaba que se apagarán las luces para que entráramos en el silencio (nunca perfecto), en la contemplación y la entrega. En el cine me sentía feliz. Por más extravagante o rara que pudiera ser la película,

contaba, de mi parte, con una colaboración incondicional para encontrarle lógica. Como la literatura, el cine me instruyó, según leyes que no alcanzaba a comprender del todo, en el terror, lo extraño, lo erótico, lo absurdo, la congoja, la risa. El primer aprendizaje de la *forma* en que se puede narrar una historia se lo debo al cine. Lo entendí de manera espontánea, como espectadora; mucho más tarde, vendría la literatura. En las películas, el tiempo se comportaba de manera caprichosa, el relato iba del presente al pasado y de ahí, al futuro; el tiempo se astillaba, estallaba, se reunía y volvía al punto de partida donde todo se explicaba. Y esto modificaba a los personajes. Aceptar esa ruptura temporal fue entender la clave de su lenguaje. Después se me haría claro que el quiebre del tiempo, el intento imposible de la literatura de acceder a la simultaneidad propia de la imagen, estaría en la matriz de todo lo que intentara narrar.

Fue la edad en que el cine y los libros, trepar a los árboles, salir en bicicleta, guerrear con almohadas y descubrir tesoros en los baúles de la casa de mi abuela eran, simplemente, las mejores cosas de la vida.

Junto a *La Pequeña Lulú* leo libros de la Colección Billiken. Al poco tiempo, una colección de libros finitos, ilustrados, que se llamaban: *Diario de mi amiga...*, a continuación iba el nombre de una chica española, sueca, rusa, francesa, boliviana, etcétera. En particular me marcó el diario de una chica que tenía una librería en un vagón de tren y que viajaba con su tío por países exóticos. Copiando ese librito empecé a llevar un diario con dibujos. Duró muy poco. La idea de una biblioteca o librería ambulante, por el contrario, permaneció firme en el tiempo. (Logré darle forma en San Pedro, en la Biblioteca Circulante “Roberto Arlt”. Un auto viejo, acondicionado

con un cartel y con su carga de libros, hace un recorrido por barrios periféricos). Simultáneamente o poco después, empiezo el camino de la Colección Robin Hood: *Mujercitas*, *Una guirnalda de flores*, *Ocho primos*, *La isla del tesoro*, *Azabache*, *20.000 leguas de viaje submarino*, *El príncipe valiente*, *Jack y Jill*, *Ivanhoe*.

En mi casa, a mi hermana y a mí nos alentaban a leer. Mi padre era un lector constante; siempre, como decía, “en posición horizontal”. Para combatir el insomnio, leía de manera compulsiva novelas policiales. No las de los grandes autores del género, sino las novelitas fáciles de sostener en la cama de la Colección Rastros o Sexton Blake. Este hábito nocturno se unía con dos intereses excluyentes: la literatura gauchesca y la española.

Mi padre era de este modo: no se sometía a las opiniones o convenciones ajenas y actuaba según su criterio y conciencia. De ahí que su estribillo favorito, cuando se daba un gusto o cuando se criticaba a alguien en su presencia, aunque nunca lo haya analizado desde el punto de vista en que yo lo hago ahora, eran los versos de esta letrilla de Góngora que sin duda había heredado del acervo de coplas y refranes que, en su familia de padres españoles, eran comunes y corrientes y constituían un bien común. Decía: *Ande yo caliente y riase la gente*.

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías
Mientras gobiernan mis días
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente
Y riase la gente.

Lo aplicaba no solo a sí mismo, sino a cualquiera que fuese juzgado en su presencia. Pensaba que nadie debía inmiscuirse en las razones ajenas y que se debía actuar recta y honestamente en toda circunstancia, por mínima que fuera, sin considerar lo que los demás opinaran.

Su biblioteca personal se componía de Salgari: toda la serie de *Sandokán*, supongo ahora que en la edición de Sopena, libros a dos columnas con unas ilustraciones en blanco y negro de espanto, que me fascinaban por el horror. Con esas ilustraciones de corte expresionista y con las más convencionales de la Colección Robin Hood, me pasaba lo que tan bien describe Sartre en *La náusea* en boca de Anny: “la escena representada nunca se relacionaba con el texto de las páginas vecinas; había que buscar el acontecimiento treinta páginas más lejos”. Las otras devociones de mi padre eran: *Las mil y una noches*, Quevedo, Cervantes, y cantidad de libros de literatura y poesía gauchesca: de Ascasubi a Hernández, pasando por Estanislao del Campo y los sainetes porteños de Vacarezza. No sé si alguna vez habrá pensado que esas dos preferencias –Quevedo y Cervantes y la gauchesca– compendiaban, de algún modo, su historia, ya que era hijo de españoles y había crecido en el campo argentino. Conocía a fondo el mundo rural y sus personajes, y guardaba por todo lo criollo una gran y erudita estima. Desde que tengo memoria, nos leía a mi hermana y a mí el *Martín Fierro*, del que le gustaba citar versos en las conversaciones. Mi madre, más pragmática, era gran lectora de diarios, locales y nacionales, costumbre que, a medida que envejeció, se hizo cada vez más pronunciada y vivaz, ya que conservó una lucidez luminosa. Comentar, con adhesiones o rechazos, las noticias era parte de las conversaciones de la tarde.

Antes de aprender a leer, me rodearon estos libros y hábitos literarios domésticos; de todos ellos, el que heredé con más fuerza fue el amor por *Martín Fierro*.

Un poco más tarde, alrededor de los nueve años, un fenómeno extraño empezó a sucederme: algunas palabras raras o anacrónicas, los nombres propios engolados o absurdos me causaban (y me siguen causando) una gracia incontenible, inexplicable. Como si fueran cápsulas concentradas de un humor disparatado, delirante. Posiblemente se trate de un tipo benigno de locura o tal vez sea otro aspecto de mi herencia, ya que mi padre celebraba tanto las retorcidas razones de Quevedo como la pintoresca ortografía de César Bruto (Carlos Warnes), autor que creó su humor mediante una sintaxis estafalaria y el uso caprichoso de las mayúsculas. Nos leía a César Bruto publicado en el anuario de la revista *Patoruzú*, deteniéndose a veces porque la risa le impedía seguir.

Heredada o no, esta fruición por el humor verbal continuó y pasó a mi primera novela, *El parque*. Y a otros textos como “Macdonald Kárlovich y su decir” (en *Del día y de la noche*). Dar en una línea de *Almas muertas*, de Gógol, con el nombre de Macdonald Kárlovich me produjo ese efecto.

Aunque en mi casa de Junín había libros, nada era comparable a la biblioteca de la casa de mi abuela, en Los Toldos, donde con mi hermana pasábamos los veranos. Las historias que contaban sus libros se mezclan y por momentos se confunden con la historia de mis abuelos.

Una casa de puerta a la calle alta, de doble hoja, ventanas con visillos, rejas y banco en la vereda. El largo zaguán terminaba en la biblioteca. Más imponente entonces para mi altura de seis o siete años de lo que fue

más tarde su dimensión real, la biblioteca era la primera escala de nuestra escapada a la hora de la siesta. Contecía la fabulosa *Espasa-Calpe*: ilustraciones a todo color del fondo del mar: peces extraños y caracoles suntuosos entre medusas y otros monstruos marinos de antenas y tentáculos como filamentos desfilaban por sus páginas como apariciones. O mariposas contra un cielo azul cobalto, de Madagascar. O monedas de bronce, doblones españoles, rupias de la India. La *Historia de Europa*, monumental serie de cinco libros enormes, en cuyas láminas se sucedían batallas y coronaciones. Todas cubiertas por papel de seda. El papel de seda producía un siseo cuando se lo despegaba de la lámina. Era el siseo de la hora de la siesta; afuera el sol caía a plomo en el verano de los pueblos, los perros refugiados en los umbrales respiraban agitados, la lengua colgando a un costado de la boca, las gallinas del tercer patio de la casa (el traspatio, decían mis tías) esperaban a la sombra no se sabe qué con el pico abierto y las alas extendidas. En la biblioteca, mis primos, mi hermana y yo confabulábamos en voz baja, acompañados por el zureo de las palomas. Ese fue el escenario de mi primer amor por las enciclopedias.

La segunda escala de la fuga de la siesta era el cobertizo. La puerta de listones chirriaba, en los rayos de sol brillaban mundos diminutos y nos salía al encuentro el tranquilo aliento de la madera vieja, del hierro, el cuero, el polvo, el olor de mi infancia. Herramientas, arneses, en especial baúles llenos de vestidos antiguos de mis tías y zapatos de taco de los años veinte que nos poníamos con mi hermana. Ángel y Enrique, mis primos, buscaban en el baúl que había sido de mi abuelo cartuchos del Mauser. Armábamos un reguero de pólvora que terminaba en un montículo en la punta. Detrás de la

puerta esperábamos que se acercara alguna gallina o algún pato y le poníamos el fósforo, con la ilusión del espaviento del ave. Nunca explotó la pólvora ni las aves se enteraron, pero era emocionante ver zigzaguear el chisporroteo.

Escenas, las dos, colmadas de colores, sonidos e impresiones que vuelven juntas y se me aparecen como dentro de aquellas esferas de vidrio que contenían un paisaje diminuto en el que brillaba el sol o caía la nieve cuando se las giraba. Así han quedado, y las asocio a lo que dice Benjamin, “aquello que viene al encuentro de esos microcosmos se torna cada vez más prodigioso”.

La biblioteca la había reunido mi abuelo, a quien no conocí, cuando dejaron el campo y pasaron a vivir en la casa del pueblo. El campo lindaba con la tribu de indios “pampas” del cacique Coliqueo. Un día, mis abuelos hospedaron a un misionero español. A partir de entonces, volvió cada año. Mientras esperaban su llegada anual, mi abuela visitaba a sus vecinos, tratando de convencerlos de concurrir al llamado del evangelizador. Cuando esto sucedía, se daban con devoción y entusiasmo a casar y a bautizar a mansalva a las parejas que habían accedido a venir con sus hijos cruzando aquellos campos polvorientos.

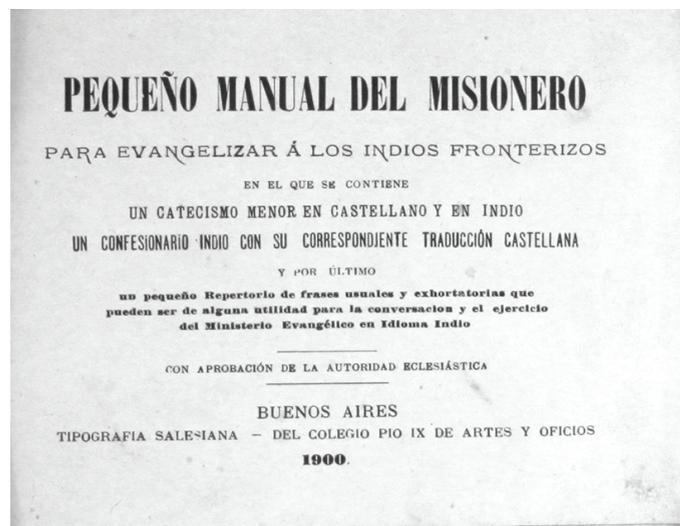
Mi abuela no le temía a los indios, como contó muchas veces, pero sí a los gauchos, cosa que entraba en contradicción con el fervor martinfierrista de mi padre. Esta discrepancia no creaba conflicto ya que el universo de los libros nunca se mezclaba con la realidad real en aquel pueblo perdido de provincia, en una Argentina cada vez más brumosa. Con afán indoblegable, mi abuela armaba ramos de florcitas para vestir un poco aquellas bodas cetriles. Las parejas, en perplejo codo con codo bajo el lla-

mado de los teros, con los chicos, chúcaros, prendidos de las polleras de sus madres, aguardaban pacientes. Se procedería a salvarlos del concubinato. Mis abuelos, que también eran los padrinos de boda, prestaban sus alianzas que pasaban de unas manos a las siguientes, arrulladas por la liturgia celebrada por el misionero. Palabras incomprensibles, que se perdían detrás de los pajonales y volvían, como un velo arrastrado por el viento.

Los anillos reunieron en matrimonio a muchas manos que ya son polvo en el polvo. Las manos de mi abuelo, que acomodaron alguna vez los libros de la biblioteca, también son polvo en el polvo. Un día, muchos años antes de mi nacimiento, atrincherado en su severidad de vasco de traje negro, secretamente bondadoso, había muerto, muy lejos de su país de montañas, ríos y pinos verdes. Su biblioteca amada lo sobrevivió y perduró en el tiempo, acompañada por el murmullo del péndulo y las campanadas del reloj de pared.

De aquellas visitas repetidas quedó un libro bilingüe que el misionero legó a mi abuela cuando volvió a España. Mi padre, que sabía muchas palabras y frases en “pampa” (mapuche), lo atesoró: *Pequeño manual del misionero para evangelizar a los indios fronterizos*. Libro que innumerables veces hemos revisado con él y con mi hermana, asombroso por sus genuinas buena fe e intención, pero prueba de un encuentro imposible; documento incontrastable de la desinteligencia básica con que la Iglesia católica afrontó su relación con los indígenas americanos.

Este pequeño manual dice muchas cosas, tantas que, como el cine, podría ser, él solo, tema de un libro entero. Y, seguramente, sembró en lo hondo una preocupación o un interés que reaparecería años después en *La tierra del fuego*.



El *Pequeño manual del misionero*.

DOS LIBROS

Tendría unos doce años cuando, un día, saqué de esa biblioteca un libro con nervaduras y filigrana dorada: *Marido y mujer*, de un tal Tolstói. A los doce años no me fijaba en los autores. Pasaría mucho tiempo antes de que yo supiera quién era Tolstói. Debí sentir curiosidad por lo que el título prometía, aunque lo que me atrapó, estoy segura, fue la agradable velocidad con que se sucedían las páginas y yo leía: la caja era muy chica y la letra muy grande. La historia sucedía como si nada, y a la vez como si todo sucediera bajo mis ojos de lectora con una claridad meridiana. El largo invierno ruso, la nieve arremolinándose tras las ventanas de una casa de campo, la troika, el samovar, las tareas de los campesinos y la celebración de la primavera inauguraron un imaginario.

El otro libro, en ese mismo año, fue *Robinson Crusoe*. A pesar del tiempo transcurrido, tengo hoy muy claro qué me magnetizó de su lectura: el naufragio, el terror de la soledad, la ansiedad con la que daba vuelta cada página pensando qué le esperaba a Robinson en esa nueva recorrida por la isla; me preguntaba si la isla estaba, de verdad, desierta, si no habría monstruos acechándolo; me emocioné con el encuentro con el perro, me espanté con el horror de los caníbales. Me sedujo el suspenso de un enigma: ¿saldría alguna vez Robinson de la isla o estaba condenado a ella? Emociones fuertes, eso me provocó Robinson y con ellas el gusto por los libros de aventuras, de viajes por mar, de contacto con mundos desconocidos. Otro motivo capital de interés fue la satisfacción con que veía cómo se las arreglaba Robinson, cómo conseguía hacer fuego, armar su choza, amansar las cabras, sembrar trigo. El desafío a su ingenio, siempre superado. *Robinson* ejerció una sugestión profunda, subterránea, cuando yo no tenía todavía palabras para darle forma y solo como lectora adulta logré explicármela.

A través de los años, fui accediendo a cierta plenitud de Robinson, que me llevó a un conocimiento más aguzado de mí misma: el aprendizaje de la soledad no como desamparo sino como una de las dimensiones ineludibles del ser, aquella alimentada y construida por las experiencias intransferibles que se encuentran en el límite del lenguaje. Comprendí esto muy joven: a los dieciséis años entendí de una manera sorpresiva y directa que la realidad no es la misma para todos; que yo veo algo donde otros no ven nada; que otros se emocionan donde yo no, o que la intensidad de ciertos hechos que a otros les parecen nimios a mí me puede partir en dos. Que a todos debe sucedernos algo parecido y que explicarlo es muy difícil. Entendí que, siempre, en una parte

ÍNDICE

1. Infancia y descubrimientos	7
2. Adolescencia y <i>comme il faut</i>	25
3. Un profesor	41
4. Álbum	55
5. La educación sentimental	67
6. De la vida académica y otros sucesos.....	79
7. <i>Ana Karenina</i> : una lectura	87
8. Diario de libros	101
9. Final	125
Lista de obras mencionadas.....	127